



LA SOCIALDEMOCRACIA TRAS EL COLAPSO COMUNISTA

Willy BRANDT

El colapso del gobierno comunista en la Unión Soviética y, con anterioridad, en los países del antiguo bloque soviético, ha dado origen a una serie de debates de algún modo simplistas cuya premisa se centra en que el socialismo ya no sirve. Ahí están aquellos que llevan a cabo esta campaña con la clara intención de dañar a la socialdemocracia. Dejando a un lado estas intenciones demagógicas, se pueden percibir varias carencias lógicas dentro de la asunción de que la socialdemocracia, o el socialismo en democracia y libertad, puede mezclarse de algún modo con las fracasadas dictaduras comunistas.

En primer lugar, es intelectualmente deshonesto echar la socialdemocracia, o el socialismo en democracia y libertad, en el mismo saco del comunismo

violento y manifiestamente incompetente. Una vez dicho esto, cualquier principiante de la política debería saber que el comunismo dictatorial y el socialismo demo-

No son los contenidos intelectuales ni los esfuerzos políticos de la socialdemocracia los que se han visto históricamente desacreditados.

crático no tienen denominador común alguno; los criterios para enjuiciar la cuestión de la democracia o la dictadura divergieron —y se separaron— hace décadas. Pretender culpar precisamente los sufridos socialdemócratas del mal y de los crímenes de los regímenes dictatoriales es un enorme insulto.

En segundo lugar, no son los contenidos intelectuales ni los esfuerzos políticos de la socialdemocracia que se han visto históricamente desacreditados y repudiados, sino aquellos regímenes que fueron tan sólo socialistas y a los que alguien en Moscú colgó la etiqueta de «socialismo de existencia real». Acerca de su existencia no cabe duda, existieron. Del mismo modo, sin embargo, no puede haber duda alguna de que la etiqueta bajo la que se presentaban era falsa.

En tercer lugar, cuando un concepto se ve deformado e invalidado, no debe creerse que su contenido intelectual subyacente se ve asimismo agotado. Una vez más la socialdemocracia debe defenderse contra las malas interpretaciones, pero no tiene ningún motivo para ocultar sus principios y sus logros por el hecho de que su aspecto antagónico se haya desencadenado bajo el mal usado nombre de socialismo.

Desde una perspectiva histórica, podríamos decir que, en el pasado, tal vez no se haya realizado un esfuerzo suficiente para prevenir la incorrecta apropiación del concepto de socialismo —que se formó a través de la lucha por los derechos hu-

manos, y no sólo en favor de los derechos civiles— por parte de las formas dictatoriales de gobierno y de los sistemas de economía dirigida. Sin embargo, no me gustaría disuadir a nadie de hacerse de vez en cuando, y sin prejuicio alguno, la pregunta de si nuestro lenguaje político necesita un desarrollo más profundo, o dónde presenta carencias.

Además, deberíamos continuar con nuestros esfuerzos por definir nuestras diferencias con respecto a los partidos conservadores y liberales quienes, como ya sabemos, nunca se cansan de intentar reclamar el liderato de la sociedad.

Nuestra Internacional, fundada en el siglo pasado y restablecida en 1951, es hoy una comunidad mundial de partidos socialdemócratas o de ideologías afines, muchos de los cuales llevan nombres que denotan sus orígenes en los movimientos de liberación de los países en proceso de desarrollo. Sabemos también que nuestros amigos de Gran Bretaña e Irlanda, de Noruega y Holanda, de Israel y también Australia y Nueva Zelanda, han conservado sus nombres, anclados en la historia, de «Partido de los Trabajadores» o «Partido del Trabajo».

Lo que nos une en nuestra comunidad internacional de partidos independientes y responsables, son esos valores básicos que dan forma al sello de identidad de la Internacional Socialista de 1989, la Declaración de Principios de Estocolmo. En especial, esta declaración incluye un compromiso por la paz y por los derechos humanos, y por la erradicación del sufrimiento que tiene lugar en muchas partes del mundo. Se trata de un programa global, comprometido y útil.

La socialdemocracia busca la justicia social y una democratización global de la sociedad, así como la democratización de un orden económico efectivo basado en el

respeto incondicional por los derechos humanos y fundado sobre la inviolable norma de la ley.

Lo primero y principal es nuestra herencia libertaria y nuestra experiencia adquirida en la lucha contra las dictaduras. Kurt Schumacher lo expresó muy bien: «Tal vez sea verdad que la gente lucha por los logros sociales, pero tan sólo desea morir por la gran idea de la libertad.» Michel Rocard dijo recientemente que, ahora que le ha llegado su hora no sólo al fascismo sino también al comunismo, ha quedado el campo libre para el enfrentamiento entre el liberalismo y «el socialismo en libertad».

Los socialdemócratas, o socialistas democráticos, han llegado a su propia definición de los valores básicos a través de varias vías. Con independencia de las diferencias existentes en su cultura y en su perspectiva acerca del mundo, están unidos por una visión de una sociedad mundial pacífica y democrática, que comparte y está unida por la libertad y la justicia.

En busca de una sociedad mundial ordenada democráticamente, es nuestro deber colaborar en la organización de una cooperación internacional para conseguir el entendimiento en la paz, en las cuestiones económicas, en la política de medio-ambiente y de desarrollo, en la tecnología y en otros asuntos fundamentales. La actualización de nuestras tradiciones internacionalistas debe, por tanto, convertirse en piedra angular de nuestra política para el futuro.

Lo que necesitamos es un nuevo orden que rija las relaciones económicas mundiales y unas instituciones internacionales relevantes en las que los intereses de todos los afectados, incluido el Este, incluido el Sur, se vean representados de forma adecuada. Con esta finalidad, la IS lleva ya mucho tiempo pidiendo que las cantidades liberadas por el desarme se destinen, al

Lo que necesitamos es un nuevo orden que rija las relaciones económicas, mundiales y unas instituciones internacionales relevantes.

menos en parte y a través de la cooperación internacional, a las regiones más necesitadas del mundo.

En el futuro, al igual que en el pasado, no debemos transigir en nuestra reivindicación de los derechos humanos. Allí donde los derechos humanos sean violados deberemos alzar nuestra voz, incluso con más insistencia. Allí donde se vean inadecuadamente salvaguardados, deberemos presionar, con mayor decisión incluso, en favor del cambio. Nos vemos a nosotros mismos como promotores de los derechos humanos indivisibles. En favor de la dignidad humana los derechos humanos no pueden ni separarse, ni enfrentarse los unos a los otros. Los derechos liberales a la libertad, los derechos democráticos de asociación y de protección social, todos ellos se determinan los unos a los otros; tan sólo juntos garantizan la libertad.

Hoy en día estamos experimentando en el Este una especie de renacimiento socialdemócrata... o un primer nacimiento. Allí donde el régimen comunista se desmorona, surgen nuevos partidos o partidos antiguos renovados, que desearían formar parte de la gran familia de la socialdemocracia. Algunos recogen la tradición de sus antepasados, que sufrieron la persecución; otros —y también se da el caso— son socialdemócratas tan sólo de nombre.

El año pasado en una conferencia en Viena dije que algunos de nosotros, incluido yo mismo, habíamos hablado demasiado

***El pluralismo socialdemócrata
cobrará nuevas dimensiones gracias
a esos países que estuvieron en el
pasado gobernados por los
comunistas.***

pronto y demasiado indiscriminadamente de un renacimiento socialdemócrata. De hecho hemos debido experimentar que, en contra de toda justicia, el lastre heredado del estalinismo y del poststalinismo ha caído sobre aquellos cuyas raíces se anclan en la tradición socialdemócrata y cuyos padres, antepasados y predecesores fueron declarados fuera de la ley y perseguidos por sus convicciones.

En aquella conferencia de Viena me aventuré a decir que haría falta tiempo para que las aguas volvieran a su cauce. En unos cuantos años, y con marcadas diferencias de un país a otro, el panorama político de los partidos será diferente. En gran medida, puede apreciarse ya este hecho. Sin embargo, no deseo hacer inventario prematuramente, sino más bien ofrecer unas cuantas observaciones.

Los socialdemócratas en Rusia no son todavía un gran partido pero ya tienen representación en el parlamento ruso y también en las administraciones de las ciudades, en especial en San Petersburgo y Moscú. No son pocos los que están comprometidos en ese valiente movimiento democrático formado alrededor de Boris Yeltsin que frustró el golpe de Estado de agosto y que, junto con Gorbachov, ofreció la posibilidad de que la Unión se inclinara de una forma renovada hacia la socialdemocracia.

Los representantes de la socialdemocracia rusa han tomado ya parte en varias reuniones del Consejo de la IS, hace poco,

por ejemplo, en Estambul, en junio, y en nuestra conferencia regional que tuvo lugar en Sydney en marzo. En Estambul, estuvo también presente el presidente de los socialdemócratas de Azerbaijan. En Sydney dimos la bienvenida a un representante de la socialdemocracia de Mongolia, que surgió también tras las elecciones como segunda fuerza política. Los partidos de nueva fundación son activos, incluidos los de Ucrania, Kazajstan y Georgia (donde la memoria del gobierno menchevique, barrido por el Ejército Rojo en 1921, aún no se ha desvanecido por completo).

Los socialdemócratas de las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania, apoyados por una parte representativa del electorado, constituyen un caso particular. La IS siempre ha mantenido contacto con sus representantes en el exilio y los partidos se han vuelto a unir a nosotros con su antiguo estatus incluso antes de la independencia nacional.

La fórmula de la revitalización del estatus pleno de miembro en la Internacional se aplica también a los partidos de los países del antiguo bloque soviético. Los partidos socialdemócratas de Bulgaria y Checoslovaquia son ya miembros plenos de la IS. Formalmente esto se puede aplicar también a Hungría, pero allí hay que vencer todavía unas enormes dificultades iniciales. En Polonia, se ha llegado a la reunión de los supervivientes del Partido Socialista Polaco (PPS) con sus ricas tradiciones; particularmente significativa es esa sección de Solidaridad que se está desarrollando con claridad hacia la socialdemocracia. Hay también signos de que se están formando partidos socialdemócratas en Rumania y en las repúblicas constituyentes de Yugoslavia, una región sobre la que pesan enormes presiones; en Lubliana y Zagreb son ya influyentes dentro del gobierno, pero su influencia fue ciertamente insuficiente, al igual que la de los grupos de similar ideo-

logía de Serbia, para contrarrestar los devastadores excesos nacionalistas y la propaganda previa a la guerra serbo-croata.

La imagen se ha complicado todavía más con el cambio de nombre de la mayoría de los antiguos partidos comunistas: por ejemplo, en el importante caso del partido italiano que ha pasado a denominarse «izquierda democrática» o en otros lugares «socialistas democráticos». Algunos de ellos desearían entrar a formar parte de la IS. No puedo creer que tal cosa vaya a suceder, al menos no de inmediato, y desde luego es ciertamente impensable en algunos de los casos. Pero allí donde el cambio es verosímil y el partido involucrado tiene una cierta importancia —como en Italia— se considerarán las formas concretas de intercambio de puntos de vista, en discusión con el partido miembro relevante.

Mi visión de la creciente influencia y responsabilidad de los socialdemócratas no se basa en el mero optimismo fácil; tal como sabemos, no existen, por supuesto, garantías de éxito concluyente y duradero.

Citaré de nuevo a un socialista francés, Max Gallo, eurodiputado. Este escribió recientemente: «Si la socialdemocracia no tiene éxito en la humanización del sistema político nacional, europeo y mundial, si no reconoce la necesidad de progresar con una conciencia democrática —que tan sólo puede alcanzarse en la igualdad y la jus-

ticia— entonces regresarán los monstruos. Con otro nombre y con otro rostro.»

El pluralismo socialdemócrata cobrará nuevas dimensiones gracias a esos países que estuvieron en el pasado gobernados por los comunistas. Ese es un hecho positivo; ojalá nos evite una renovada teología de la «meta final». Sucumbir a ella significa pedir demasiado a la gente y juzgar mal la expansión del pensamiento científico. Es, creo, algo realmente bueno que las diversas tradiciones socialdemócratas, desde Escandinavia hasta el Mediterráneo, sean incapaces de negar sus propias raíces. ¿Por qué deberían hacerlo? El trasfondo histórico y social de los partidos afines es distinto en Latinoamérica que en África o en Oriente Medio, en Japón es distinto al de Oceanía.

Nuestros principios fundamentales son relevantes en todo el mundo. De igual relevancia es el interés en la creciente cooperación regional e internacional, y un constante intercambio de puntos de vista sobre cómo podría, en primer lugar, estimularse la socialdemocracia para más adelante afianzarla. Con la perspectiva de un orden mundial basado en los valores humanos, que trascienden las fronteras nacionales, se nos presenta un nuevo compromiso con nuestra propia actividad y una nueva apertura al diálogo y la cooperación. Esto es lo que nos hace seguir arrimando el hombro.

Traducción: Marta M. Arellano